

APORTES PARA UNA NUEVA VISIÓN EN LOS ESTUDIOS GEOGRÁFICOS DEL CONCEPTO DE NACIÓN DESDE LAS PERSPECTIVAS CULTURAL Y POLÍTICA

Héctor Dupuy*

Resumen

La Nación ha sido una de las más importantes construcciones político-culturales de la Modernidad. Las premisas que le han dado mayor vitalidad han sido y son, pues, su afirmación como imaginario de identidad para los pueblos y su significación en el desarrollo de las denominadas “relaciones internacionales”, en cuanto formas de expresión de las interrelaciones globales de los sectores dominantes.

Este estudio se basa en el análisis de esas premisas a la luz de algunas de las nuevas perspectivas emanadas de los paradigmas político y cultural, desarrollados en las ciencias sociales a partir de las últimas décadas del siglo pasado, y aplicadas a los estudios del territorio nacional, su construcción, sus mutaciones y los imaginarios espaciales que de ellos derivan.

A partir de algunas de las visiones críticas mencionadas, en la actualidad el concepto de nación parece haber entrado en un proceso de erosión o descomposición. Fenómenos sociales, económicos, políticos y culturales ligados a los procesos de reestructuración global (migraciones intercontinentales, sistemas mediáticos globales, exclusión social, discriminación étnica y religiosa, marginación y falta de participación política, nuevas formas de manifestación social...) y a la construcción de los discursos posmodernos hacen aparecer la nación como un concepto, al menos, puesto en tela de juicio. Los más audaces hablan del virtual ingreso a un mundo “posnacional”. ¿Significará esto la extinción de una idea y una realidad con la que se han formado culturalmente millones de personas de numerosas generaciones en los puntos más lejanos del planeta? La respuesta deberá estar planteada en el estudio real y especializado de esos fenómenos y de las nuevas realidades que de ellos emergen.

*Centro de Investigaciones Geográficas. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Palabras Clave: Nación - Estado-nación - Territorio nacional - Identidad - Mundialización - Desterritorialización.

* * *

THE CONCEPT OF NATION: NEW GEOGRAPHICAL STUDIES FROM THE CULTURAL AND POLITICAL PERSPECTIVES

Abstract

The nation has been one of the most important political and cultural constructions of Modernity. The premises that have given the nation more vitality have therefore been its assertion as the imaginary of identity for different peoples, and its significance in the development of the so-called “international relations”, as ways of expression of the global interrelations of the dominant sectors.

This research is based on the analysis of these premises in the light of some of the new perspectives that emerge from the political and cultural paradigms, developed in the social sciences from the past decades of the last century on and applied to the studies of the national territory, its construction, its changes, and the spatial imaginaries that derive from them.

In terms of the critical perspectives mentioned above, the concept of nation seems, at present, to have entered a process of erosion or splitting. Social, economic, political and cultural phenomena, linked to the processes of global restructuring (intercontinental migrations, global media systems, social exclusion, ethnic and religious discrimination, isolation and lack of political participation, new ways of social expression ...) and to the construction of the post-modern discourses, make the concept of nation appear as if it was, at least, being questioned. The most daring already speak about the virtual access into a “post-national” world. Does this mean the end of an idea and a reality which millions of people in remote areas of the planet and along generations have been culturally shaped by? The answer shall be considered in the real and spatial study of these phenomena and of the new realities that emerge from them.

Key words: Nation - Nation-state - National territory - Identity - Globalization - Deterritorialization

Introducción

La Nación ha sido una de las más importantes construcciones político-culturales de la Modernidad. Su desarrollo, como discurso dominante de las sociedades que se fueron conformando política y económicamente en su seno, llevó a su entronización como realidad indiscutible y herramienta esencial en las relaciones entre esas sociedades en el marco de un mundo cada vez más interrelacionado. Dos siglos de trabajo ferviente y apasionado, de aportes desde las más diversas disciplinas de estudio, de enriquecimiento por las experiencias y prácticas cotidianas, sumados a su vinculación al Estado moderno, el instrumento político más elaborado del capitalismo, con el que estableció una relación dialéctica muy particular, la afirmaron como uno de los fenómenos más interesantes de este período de la historia de la humanidad.

La propuesta de este estudio se basa en el análisis de las premisas básicas y las implicancias alcanzadas por el concepto de nación a la luz de algunas de las nuevas perspectivas emanadas de los paradigmas político y cultural, desarrollados en las ciencias sociales a partir de las últimas décadas del siglo pasado, y aplicadas a los estudios del territorio nacional, su construcción, sus mutaciones y los imaginarios espaciales que de ellos derivan.

Durante las últimas décadas del siglo XX, los trabajos relacionados con la Geografía política fueron abandonando el ostracismo académico al que los había arrastrado el fracaso bélico de la escuela geopolítica alemana y los efectos vergonzantes de su alianza con el proyecto expansionista del Partido Nacional Socialista. Esta visión de la Geografía política coincidía en términos generales, aunque en una forma exacerbada, con la visión nacionalista de la organización política del mundo.

A partir de algunos estudios de nuevo cuño, la política y las relaciones de poder en el espacio, y su influencia en la construcción y mutación del territorio, han tomado una nueva dimensión que abre la perspectiva de su transposición al análisis de nuestro objeto de estudio. De la misma manera, la preocupación surgida en los últimos años entre diversos especialistas disciplinares por los estudios culturales, desde posicionamientos como las corrientes teóricas neomarxistas, las posestructuralistas o las emanadas de los discursos poscoloniales, se han ido aproximando también a nuevos e inquietantes discursos e imaginarios relacionados con los efectos e implicancias espaciales de esos fenómenos.

De tal manera, este trabajo intentará analizar la cuestión desde algunas de esas propuestas, a fin de realizar un aporte para desentrañar la trama

compleja y sensible que rodea al concepto de nación y su futuro en un mundo en proceso de reestructuración. En particular, se trabajará con los aportes del suizo Jean Ziegler, desde la sociología política, del geógrafo Peter Taylor, para la nueva visión de la Geografía política, y, desde los nuevos estudios culturales, del antropólogo indio Arjún Appadurai.

La nación como construcción de la Modernidad

Como construcción política de la Modernidad, el concepto de nación ha vivido las vicisitudes de ese gran fenómeno cultural y socioeconómico. Es cierto que el término parece tener un origen muy anterior. Su propia etimología¹ nos aproxima al enfoque “primordialista”, por el cual la nación se vincula con los orígenes étnicos o tribales, a los cuales quedaban adosados los individuos por el solo hecho de su nacimiento (Taylor; 1994; Appadurai; 2001). De allí se desprende la idea de que la nación es un hecho natural y perenne, al margen de los vaivenes políticos y sociales.

La tesis primordialista ha sido largamente refutada. Baste citar en tal sentido las críticas formuladas por Appadurai a conceptos como la importancia del lenguaje, el parentesco o la raza, la conciencia colectiva como núcleo afectivo inmutable proveniente de un supuesto pasado, así como a sus presunciones universalistas, etc. (Appadurai; 2001).

Desde otra perspectiva, la visión “modernista” nos aporta otros elementos a fin de intentar aproximarnos al concepto en cuestión. Puede considerarse así al término “nación”, en su acepción usual en la actualidad, como un término relativamente reciente, ligado a la Modernidad y, más precisamente, a las ideas ilustradas que modificaron profundamente los discursos e imaginarios europeos durante los siglos XVIII y XIX. Asimismo, el término “nacionalismo” recién va a posicionarse con firmeza a fines del siglo XIX. Al decir de Hobsbawm, *“la característica fundamental de la nación moderna y de todo lo relacionado con ella es su modernismo”* (Hobsbawm; 1991: 14).

Interpretando entonces la nación desde esta perspectiva modernista, las premisas que le han dado mayor vitalidad han sido y son, básicamente, su afirmación como imaginario de identidad para los pueblos y su significación en el desarrollo de las denominadas “relaciones internacionales”, en cuanto formas de expresión de las interrelaciones globales de los sectores dominantes.

Con respecto al primer aspecto, la apelación hecha en tal sentido por los sectores sociales más comprometidos con el proyecto de la Ilustración dio sus frutos. A partir de la constitución de los denominados “Estados-

nación”, los individuos que, por su pertenencia obligada a los Estados absolutistas de la etapa anterior o por las vicisitudes de los cambios político-territoriales, como consecuencia de guerras, tratados, acuerdos de familia o negociaciones, quedaban o nacían dentro del territorio de una determinada unidad estatal, se convierten automáticamente en miembros de una nación, adhieren a ella. *“No elegimos a qué nación queremos pertenecer, se nos adscribe: nacemos en una nación”* (Taylor; 1994: 180).

La necesidad extrema de la burguesía, emergente de las transformaciones económicas, filosóficas y tecnológicas del siglo XVIII y de las revoluciones políticas del XIX, para construir un proyecto político-institucional revolucionario y viable fue el factor principal que llevó a los Estados modernos, cuidadosamente contruidos a la sombra de las monarquías ilustradas, a convertirse en nuevas realizaciones en las cuales el común denominador fuera la idea de “nación”. En tal sentido, el nuevo imaginario debería reemplazar al monarca –figura de un notorio paternalismo- en su carácter simbólico e identitario.

Los principales mecanismos para lograr que la población adhiriera con entusiasmo a la identidad nacional han estado ligados especialmente a la instrucción escolar y a la propaganda. Como procedimiento extremo, la apelación al patriotismo en momentos de crisis internacional –y veces interna- de los Estados-nación, ha resultado beneficiosa a corto plazo, aunque el desencadenamiento de un hecho bélico no ha significado, en el mediano o largo, más que destrucción y desazón en el pueblo y en la dirigencia. El ejemplo de la Guerra europea de 1914 a 1918 es un caso típico de desarrollo propagandístico en poblaciones con un acendrado sentimiento nacionalista que se manifestaba en un gran “amor a la patria”, resultado de varias generaciones educadas en profundas identidades nacionales.

El segundo aspecto a tener en cuenta al caracterizar históricamente la nación dentro del proyecto de la Modernidad es su significación en el contexto de las relaciones políticas mundiales, las cuales, a partir de su institucionalización, empezaron a conocerse como “relaciones internacionales”. Este fenómeno se vincula con un proceso de expansión de las relaciones de poder europeas y de sus pautas y códigos en un mundo cada vez más interrelacionado (siglos XIX y XX) comercial y financieramente. Pero también responde a la instalación definitiva de un modelo de unidad política territorial, surgido de las experiencias europea y norteamericana, en el imaginario de las elites dirigentes de los nuevos países emergentes de las revoluciones independentistas de principios del siglo XIX en Iberoamérica y de la segunda mitad del siglo XX en Asia y África.

Así, la idea de que la única forma política posible es el modelo de Estado-nación exportado desde los centros de poder se enseñoreó de las mentes políticas y de las instituciones jurídicas en todo el mundo. Cabe destacar, en tal sentido, que el imaginario surgido de este discurso genuinamente nacionalista se convirtió en discurso único y totalizador a la hora de organizar el nuevo mapa del mundo moderno.

Génesis y morfología

Los orígenes de la nación moderna deben buscarse, según lo manifestado, en los proyectos económico y político de la burguesía revolucionaria emergente y en las ideas desarrolladas en la Ilustración y el Iluminismo europeos del siglo XVIII. Al respecto, uno de sus principales exponentes, Voltaire, manifestaba: *“La nación es un grupo de hombres establecidos en un territorio definido, que forma una comunidad política y se caracteriza por la conciencia de su unidad y su voluntad de vivir en común”*² (Ziegler; 1980: 33)

Siguiendo a Ziegler, la nación nace en la Europa del siglo XVIII *“... de un acto revolucionario, de una ruptura con la comunidad histórica que la precedía”* (Ziegler; 1980: 33). La comunidad a la cual Voltaire le asigna esa “conciencia de unidad” es el sujeto del acto rupturista. Es decir, que la conciencia derivada de la necesidad de terminar definitivamente (de una manera revolucionaria) con las injusticias del “antiguo régimen”, se manifiesta con una actitud de unidad.

La comunidad así constituida pudo haber ido forjando su unidad a lo largo de siglos de vida en común, de cultura compartida, de una cosmogonía y sentimientos espirituales ancestrales –conciencia étnica–, de una creencia en antepasados comunes –conciencia tribal o clánica–. Sin embargo, su auténtica unidad la había logrado una monarquía que, sobreponiéndose a la tendencia atomizadora del feudalismo, le había dado una primera identidad: la de ser “súbditos de...”. Y fue desarrollada a partir de un paternalismo, a veces carismático, y de grandes esfuerzos unificadores, como la imposición de una lengua única, la identificación personal con una religión y la realización de todos los actos políticos, administrativos y burocráticos necesarios hasta materializar el lema “...El Estado soy yo”.

Esta unificación se realizó, en la mayoría de los casos, sobre territorios conformados por grupos de muy diferente filiación cultural y de origen, y que habitaban espacios geográficos que les aportaban identidades locales y territoriales de gran particularidad. Así, la materia prima para la constitución de la nación se presenta con un carácter transétnico y transregional muy marcado.

La unidad impulsada por los intelectuales de la Ilustración pudo llevarse a cabo en el momento en que el conjunto –o al menos una mayoría- de la población tomó conciencia, tanto por la maduración de las ideas como por el devenir de los acontecimientos político-revolucionarios, de que debía adscribir a una nueva identidad político-cultural.

Así, para Ziegler la nación nace, en Europa y en particular en Francia, de la “... *ruptura con la comunidad histórica que la precedía...*” con la expansión del poder de la burguesía capitalista mercantil, pero abarcando a toda la comunidad; de allí su carácter transclasista. Sin embargo, agrega: “*Esta burguesía ‘expresaba’ la nueva fuerza de producción que iba a imponer su ley a la sociedad civil. Tomando el capital el lugar de la tierra como principal fuerza de producción*”. De esta manera: “*La burguesía confiscó la revolución en marcha, la desvió en provecho propio. Le imprimió una nueva orientación, la que correspondía a sus intereses de clase. El Estado nacional -es decir el Estado que sólo obtiene su legitimidad de la voluntad general de sus ciudadanos- es la coronación de esos procesos*” (Ziegler; 1980: 33-34).

A pesar de esto, Ziegler se encarga de recordarnos: “*La nueva clase {la burguesía}... ha llevado todo el beneficio de la unificación del país contra los aristócratas y contra el rey... no es la burguesía quien tomó la Bastilla, no es ella quien ha puesto en movimiento, sostenido, conducido la lucha contra el régimen feudal; son las clases más desposeídas quienes han asegurado esta lucha*” (Ziegler; 1980: 34).

Apropiándose de la revolución del siglo XVIII, la burguesía se apodera también de la nación y también desvirtúa el carácter transclasista, transétnico y transregional que poseía la voluntad comunitaria. El resto de las revoluciones de la centuria siguiente no hicieron más que acentuar esta tendencia. El naciente proletariado europeo no tuvo lugar en la construcción de los Estados-nación y sólo acompañó las medidas impulsadas por la clase dominante; los revolucionarios franceses, por ejemplo, no reconocieron sus demandas “nacionales” a los negros haitianos ni dieron participación a los diversos pueblos y comunidades regionales que constituían la Francia, e impusieron un Estado unitario y centralizador.

De esta manera, y siguiendo la tendencia expansionista de la burguesía europea, el modelo de nación nacido de este proceso se impuso en todo el mundo. Sin embargo, no en todos los casos siguió esta misma tendencia. Así, el proyecto nacional revistió diversas formas en distintos lugares y tiempos, con lo que dio muestras así de la riqueza de aspectos que encierra este concepto. He aquí algunas de esas formas.

Durante todo el siglo XIX, el modelo nacional fue imponiéndose en los Estados europeos –y en algunos de ultramar, como Estados Unidos o Japón– en forma paralela al proceso de liberalización de sus elites y del desarrollo económico y tecnológico del sistema capitalista industrial. Este proyecto, impulsado para la construcción de ámbitos político-territoriales en los cuales pudiera implantarse un mercado nacional que equilibrara su poder económico con el mercado internacional dominado por la avanzada industrialización británica, sirvió también de soporte para la unificación política y cultural de su población detrás del citado proyecto. La identidad nacional fue afirmándose a partir de propuestas pedagógicas en las cuales intervenían, junto con las nuevas elites liberales laicas, las fuerzas soportes de la enseñanza tradicional, por lo general vinculadas a la Iglesia Católica o a los otros cultos cristianos oficializados.

Pero también la propaganda desde el poder estatal sirvió de apoyo a estos esfuerzos nacionalizadores, en particular en momentos de agudización de los conflictos entre los distintos Estados-nación. Así, la afirmación de la identidad nacional fue forjándose en forma paralela a una negación de otra u otras nacionalidades, según la conveniencia de los poderes político-económicos locales y las circunstancias políticas o bélicas que estas relaciones entrañaban. Por otra parte, los Estados que protagonizaron alianzas militares gestadas durante esos años que la historiografía ha denominado de “paz armada” se convirtieron, para la propaganda oficial, en “naciones hermanas” o “destinos de hermandad”. Las tendencias manifestadas por los intereses económicos derivaron en afectos u odios internacionales. El desarrollo del conflicto económico y territorial entre Francia y Prusia, convertido en crisis bélica en los años 1870-71, fue cuidadosamente preparado por ambos gobiernos y desarrollado por la enseñanza laica y religiosa, para que se convirtiera en un verdadero enfrentamiento “inter-nacional”.

También las tradiciones y posicionamientos de los propios pueblos coadyuvaron para generar una identidad por la negación del otro. El rechazo generado en la psicología social, alimentado por prejuicios y mitos enraizados en los pueblos, con respecto a todo aquel que presentara actitudes, costumbres o prácticas sociales diferentes, impulsó la búsqueda popular de una identidad nacional sobre la base de la exaltación de las diferencias llevadas a planos de distinción ética o valorativa. La construcción nacional también se nutrió de estas tendencias y prácticas, útiles para el desarrollo de las prácticas aludidas en el párrafo anterior.

Tomando como modelo estas experiencias en los países centrales, la periferia independizada o en proceso de emancipación durante el siglo XIX,

conducida por elites integradas por burguesías u oligarquías locales, inició el proceso de construcción de sus propias experiencias nacionales. Así, en América Latina, tanto la de origen español como la portuguesa, siguieron este camino y, dejando pronto de lado la utopía libertadora de Bolívar y San Martín de una sola nación hispanoamericana, escindieron el territorio construyendo tantas naciones como unidades políticas coloniales existían tras la reforma borbónica y a inicios del siglo XIX; en algunos casos incluso llegaron a atomizar los propios territorios virreinales. Así, del proyecto nacional centroamericano, surgieron cinco nuevas naciones: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, así como del de la Gran Colombia bolivariana surgieron otras tres, Colombia, Venezuela y Ecuador, y del territorio rioplatense, cuatro (Argentina, Paraguay, Bolivia y Uruguay).

Estas nuevas naciones, mientras elaboraban sus proyectos nacionales, cargándose de símbolos y mitos patrióticos, y estructuraban su incorporación al mercado internacional como productores primarios, establecían también sus códigos geopolíticos y sus hipótesis de conflicto a partir del establecimiento de las naciones amigas y de las rivales. Así, odios y afectos nacionales sirvieron de excusa para acciones como la Guerra de la Triple Alianza, en la cual Brasil, Argentina y Uruguay destruyeron el naciente poderío de Paraguay. Un arduo trabajo de discursos peyorativos hacia la pujanza guaraní y sus supuestas rivalidades con los pueblos correntino y uruguayo fueron el fermento para impulsar a la juventud rioplatense a lanzarse a esta vergonzosa aventura probritánica.

Pero, a pesar de estas características disolventes, atomizadoras o discriminatorias derivadas de la puesta en práctica del proyecto nacional, éste también sirvió de base y contexto para el desarrollo de reclamos colectivos y comunitarios reivindicativos de derechos subjetivos como la libertad, la soberanía, la representación y participación democráticas. Concretamente, y frente al conservadorismo de las clases feudales y cortesanas, el aglutinamiento de los sectores populares bajo el paraguas de la nación sirvió de base a las diversas experiencias revolucionarias europeas y, muy particularmente, a la realizada en las trece colonias británicas en América. De allí surgió el gran fermento revolucionario liberal, resuelto en forma definitiva a partir de la aceptación del modelo de nación federal estadounidense (Raynaud; 1997).

De la misma manera, las diversas oleadas revolucionarias emancipadoras, anticolonialistas y/o antiimperialistas tuvieron, en el modelo de la nación europea, una herramienta muy sugestiva y acabada a fin de alcanzar los objetivos buscados. El fermento nacionalista permite elaborar

estrategias de lucha común (transclasista, transétnica y transregional) de toda la población contra el común dominador. Hasta los partidos y movimientos marxistas, a pesar de su concepción ideológica fundamental internacionalista, llegaron a formular proyectos nacionales a partir de los “frentes de liberación nacional”, como los desarrollados, desde principios de los '60, en diversos países del tercer mundo africano o asiático: Vietnam, Argelia, Laos....

Resulta interesante detenernos un poco en el caso del África sursahariana. Allí Ziegler destaca la importancia de la nación en la construcción de realidades estatales prefabricadas por la política colonial europea y sostenida por las ambiciones de las elites locales a partir de sus independencias formales:

“Una dialéctica compleja ayuda pues al nacimiento de la nación en el África negra: no es solamente del Estado, del ejército de liberación, de la administración de las zonas liberadas de las milicias populares de autodefensa desde donde nace la nación africana. No nace solamente del simple hecho de las transformaciones sucesivas de las conciencias antinómicas de las diferentes comunidades históricas, de la integración progresiva de esas conciencias en un superyó transclasista, transétnico nacional. La nación nace de la dialéctica, de la superación, de la síntesis de todos esos procesos”.

“Hombres alienados, deculturados, destruidos en su alma y en su carne por la violencia del ocupante conquistan una identidad, toman la dirección de su historia. Conquistan una libertad de opción, un Estado nacional, una nación libre. El agente de ese doble proceso –lucha armada contra el ocupante, construcción de la nación– es el movimiento de liberación. Ese movimiento moviliza gradualmente diversos grupos y clases del pueblo dominado. Pero la nación africana se distingue totalmente de las naciones europeas donde las burguesías han sido los agentes de la construcción nacional antifeudal en el sentido de que en África negra no existe burguesía nacional... Sólo existe una burguesía clientelista³, o, más frecuentemente, una ‘lumpen burguesía’. Esta es pura creación del colonizador, su caballo de Troya. No es una clase ‘nacional’ en el sentido que Marx utiliza para la burguesía comercial de Francia que es la ‘primera clase nacional de la historia’.”

“Pero esos burgueses africanos son personas hábiles. No libran contra sus pueblos un combate a cara descubierta. Traicionan con inteligencia.” (Ziegler; 1980: 40).

Al decir de Fanon, transfieren “... a los autóctonos las injusticias heredadas del período colonial.”⁴. Cuando esto ocurre, señala Ziegler, “... estamos en presencia de una protonación, no de una nación.” (Ziegler; 1980: 40).

El territorio, elemento concreto de la Nación

A pesar del nivel de abstracción que implica el desarrollo de un proyecto nacional y sus aplicaciones ideológicas, pedagógicas o en la práctica de la política nacional o internacional, el concepto de nación presenta un plano de objetividad material en la cual el territorio es el más fiel exponente. Las dirigencias y los pueblos que se encaminan en proyectos de construcción de la nación deben trasladar tal imaginario a la realidad espacial y desarrollar la construcción de un “territorio nacional”. Si bien esta realización va de la mano de la construcción o transformación del Estado, el hecho de su aplicación trasciende este plano objetivo para adentrarse en la subjetividad de la nación.

En realidad, el imaginario territorial planteado por la nación representa un fenómeno que, en el plano temporal, puede ser o no simultáneo con la construcción del Estado-nación. Aquí aparece la confusión acerca de los orígenes de la nación. La reivindicación, tenencia o búsqueda por parte de una comunidad histórica (pueblo, etnia, tribu...) de un determinado territorio genera un imaginario que se vuelve cada vez más fuerte a partir de las necesidades comunitarias o de las de algún sector social. Esta afirmación o deseo de vida en común en un lugar determinado se vuelve una constante e identifica fuertemente a la gente con ese territorio, real o imaginado; ese deseo se torna casi obsesivo. El paisaje, es decir las formas percibibles del espacio, presenta elementos de captación sensorial y representación artística o literaria. Las emociones se entrecruzan con los deseos y las necesidades reales para constituir un pensamiento constante de la comunidad.

Ahora bien, cuando esa comunidad alcanza el momento histórico del planteo y la construcción de un proyecto nacional moderno, viable o no, el territorio y todas sus representaciones emotivas pasan a jugar un papel fundamental en el mismo. Las dirigencias revolucionarias apelan al mismo y a todos sus elementos subjetivos para encaminar a la comunidad detrás del proyecto nacional, cuyo objetivo final es la implantación de la soberanía nacional.

Volvemos a Ziegler: *“El territorio está en el centro de las figuras ideológicas nacionalitarias. Concretiza materialmente, sensualmente, en sus horizontes, su clima, en la tipología de sus productos naturales, de sus construcciones, etc. el sentimiento de la identidad nacional. Los mitos lo legitiman, los orígenes de la nación anclan allí. El territorio registra, conmemora, celebra la memoria de la nación. Y cada uno ama sus paisajes. Los himnos nacionales le cantan, la poesía patriótica lo invoca. Es un contenido de conciencia transclasista por el simple hecho de que todas las conciencias de clase, en*

lucha en la sociedad civil, lo contienen. La Colline inspirée, himno a la gloria de la tierra de Francia, es la obra de Maurice Barrès, hombre de extrema derecha. Jean Ferrat, trovador comunista, canta al mismo territorio, a los mismos paisajes en un muy bello poema intitulado Ma France. Dicho de otra manera, el territorio de Francia modela, aunque con diferencias según las clases, a las generaciones, a la imaginación colectiva de todos los franceses. El territorio es probablemente el contenido de conciencia que posee (entre todos aquellos que vehicula la conciencia nacional) la más poderosa fuerza de integración” (Ziegler; 1980: 37-38).

La apropiación de la nación por parte de las burguesías revolucionarias europeas de los siglos XVIII y XIX, significó asimismo la apropiación de la soberanía territorial y de todos sus imaginarios. La nación construida lo fue en función de los deseos y aspiraciones de esas burguesías. El imaginario nacional pasó a convertirse así en sustento ideológico para la concreción del proyecto capitalista.

El territorio, expropiado política, económica e ideológicamente por el capitalismo, identifica y construye la realidad nacional. El arte, la literatura y la organización espacial son algunas de sus herramientas fundamentales. Podemos destacar este último aspecto a partir de nuestra visión geográfica; algunos elementos de la trama político-geográfica, generados a partir de los proyectos geopolíticos de las dirigencias nacionales, son notables. La localización de la capital o de los centros económico-administrativos principales ejerce un influjo importante en el imaginario nacional, ubicando centralidades y periferias, rivalidades y desprecios, competencias o migraciones internas. La división administrativa construye el imaginario del conjunto y sus particularidades, Las fronteras implican el enfrentamiento internacional pero también la aparición de áreas con particularidades propias, de aproximación, simbiosis, rechazos, guerras y afectos. Encuentros y desencuentros de comunidades vecinas o, incluso, de la propia colectividad que la habita. La historia del siglo pasado nos ha mostrado la posibilidad de dividir una ciudad por una frontera política e ideológica brutalmente materializada en una construcción de mampostería y metal en el Berlín de la Guerra Fría. Existe también todo un arte y una literatura en estos lugares, marcados por la construcción de la nación.⁵

Situación actual del concepto de Nación

En la actualidad el concepto de nación parece haber entrado en un proceso de erosión o descomposición. A partir de visiones críticas desarro-

llada en las ciencias sociales a partir de las últimas décadas del siglo pasado, ha sido puesto en tela de juicio en cuanto a su universalidad, tildándose de anacrónico o desvinculado de la realidad. *“La nación es una morfología entre otras. Nada indica que sea la única y que toda aventura humana tienda a su invención... Podemos discutir sobre si la conjunción de la nación y de la modernidad fue puramente contingente o si una y otra estuvieron unidas por un vínculo de necesidad. Es posible que la modernidad, una vez nacida e instalada, se abstenga de la nación y que la humanidad, embarcada de aquí en más en una aventura común, tenga que inventar una nueva morfología...”* (Baechler; 1997: 28).

Bajo esta premisa, al menos de duda, otros autores optan por apresurar la firma de actas de defunción. Destaca Appadurai: *“... a lo largo de los seis años que me llevó escribir estos capítulos, he llegado al convencimiento de que el Estado-nación, como forma política moderna compleja se encuentra en su hora final”* (Appadurai; 2001: 34).

Esta idea de agonía de la nación o del Estado-nación se apoya, para estos autores, como dijéramos, en la imagen de la erosión y la descomposición. En otros términos, apartando, aunque no obviando, la situación del Estado moderno frente a la globalización, podríamos afirmar que, en mayor o menor medida, la nación vive una profunda crisis de identidades. La caracterización de esta crisis nos traslada al análisis de algunas de las cuestiones más discutidas en la actualidad.

Por una parte, el fenómeno de la reestructuración económica del capitalismo, con la profundización de su dimensión planetaria, ha ido necesariamente acompañado de un verdadero proceso de mundialización cultural. Algunos autores han hecho hincapié en el excesivo protagonismo de la expansión económica de las empresas transnacionales de base estadounidense, por lo cual se ha hablado de una “americanización” de la cultura mundial (Appadurai; 2001). Otros le han dado nombres mucho más simbólicos, relacionados con los principales vehículos de esa expansión, como “mcdonalización” o “disneyficación” (Brieger; 2001; Appadurai; 2001). Este proceso iría en contra de todo tipo de particularismo o sostenimiento de las condiciones culturales de la nación; más aún si tenemos en cuenta el débil andamiaje teórico que soporta este concepto de nación, a veces más rodeado de sentimientos encontrados que de estructuras firmes y duraderas.

Sin embargo, otros fenómenos paralelos abren interrogantes sobre una verdadera hegemonía estadounidense en materia cultural. Según el ya citado Appadurai, verdaderos procesos de reacción –indonesianización, japonización, indianización, vietnamización, rusificación– se han desarrollado

como resultado del miedo a la expansión de las pautas de consumo provenientes de los Estados Unidos, conformando una tendencia a la heterogeneización cultural reactiva (Appadurai; 2001).

Por último, este autor menciona la importancia de los “flujos culturales globales” derivados del orden complejo de la nueva economía cultural y de la imposición del carácter mercantil de la cultura en el ámbito de un mercado mundial (Appadurai. 2001).

Por otra parte, el proceso de reestructuración global ha generado una gama variada de procesos que afectan las bases de sustentación modernas de la nación. Aunque en este sentido debe recordarse que los mismos no son otra cosa que la acentuación de las características propias del sistema capitalista, generadoras de fricciones y contradicciones con sus bases política y cultural.

En este sentido es importante el papel jugado por los movimientos migratorios mundiales como generadores del asentamiento, más o menos permanente, de “comunidades diaspóricas”. En estos ámbitos, y a partir del desarrollo de la revolución de las comunicaciones que alcanza de lleno a aquellos movimientos y les genera imaginarios muy especiales de lo que ocurre en su “madre patria”, se producen fenómenos muy particulares, como el nacimiento de verdaderas patrias inventadas por grupos desterritorializados (Appadurai; 2001).

Este proceso de “desterritorialización” implica un duro golpe al concepto tradicional de nación, como el surgimiento de comunidades “sin sentido de lugar” (Appadurai; 2001). A esos fenómenos hay que sumarles otros más desarrollados teóricamente, como los procesos de erosión del Estado en sus facetas de protagonista y promotor de la educación y animador de políticas culturales dentro de un ámbito territorial, el territorio nacional, los procesos de descomposición interna como resultado de políticas neoliberales y la profundización de heridas abiertas o latentes, como la exclusión social, la discriminación étnica y religiosa, la marginación y falta de participación política de vastos sectores de la población, la aparición de nuevas formas de expresión social o el surgimiento de nuevos movimientos sociales no afirmados en los principios culturales de la nación, como los grupos de la anti o, mejor, “alterglobalización”.

Por último, es innegable que los estudios filosóficos y culturales y la correspondiente construcción de discursos derivados del amplio espectro de la posmodernidad han confluído en impulsar el análisis y expandir los imaginarios de los tipos poscoloniales y posnacionales (Bhabha; 1990; Appadurai;

2001; Grüner; 2003), los cuales nos permiten visualizar todas estas problemáticas como válidas en sí mismas y sus explicaciones al menos, como discutibles.

Conclusiones

A partir de los problemas planteados más arriba podemos aproximarnos a la idea de que el concepto de nación, construido desde la Modernidad y como resultante de un proceso de ruptura revolucionaria en su seno y poseedor de un fuerte imaginario y poder real de construcción territorial, se encuentra cuestionado desde diversas perspectivas.

Desde el plano económico político, la erosión del Estado moderno liberal y el proceso de reestructuración económica capitalista han minado los aspectos formales del Estado-nación y, por lo tanto, de su expresión territorial. Con respecto a las alternativas surgidas para enfrentar tal contingencia, muchas de las mismas son de dimensión mundial y no contemplan la conservación de la experiencia nacional. Frente a todo esto, la nación no parece presentar una respuesta aceptable; por el contrario, se deteriora políticamente cada vez más frente a las presiones multinacionales.

Desde la perspectiva ideológica, el imaginario identificador de las colectividades, en sus aspectos esenciales, se apoya más en las diferencias étnicas, sociales o grupales que a partir de su definición nacional. El sentimiento nacional va quedando relegado a afirmaciones formales y forzadas, aunque aún muy sentidas por algunos grupos –tradicionalismos, grupos de afirmación neofascista o nacionalista, representaciones nacionales en acontecimientos deportivos o culturales internacionales, o situaciones particulares en las cuales las dirigencias apelan de manera efímera al patriotismo—. Estas prácticas mantienen rígidamente las formas pero no renuevan o retroalimentan los principios nacionales básicos y a veces se convierten en simples manifestaciones fragmentarias.

La nación, así presentada, parecería herida de muerte. Habría que preguntarse, sin embargo, sobre dos aspectos esenciales. Por una parte, si el sistema político-económico internacional desarrollado por el capitalismo prevé la posibilidad de mantener sus estructuras sin la presencia o aun el mantenimiento forzado de la figura del Estado-nación, como reaseguro esencial de dicho sistema.

Por otra parte, la interrogación deriva hacia el hecho de si el significado inicial que planteó el surgimiento de la nación, es decir el proceso revolucio-

nario sobre bases transclasista (colectivo), transétnica (multicultural) y transregional (tal vez sobre nuevas territorialidades) no merece ser replanteado buscando aquellos elementos fundamentales que le imprimieron validez en esas horas, tan complejas y plagadas de interrogantes como las nuestras. Esto, antes de firmar en forma apresurada el acta de defunción de alguien que tal vez goce aún de buena salud.

Bibliografía

- APPADURAI, Arjun (2001) *La Modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Montevideo-Buenos Aires: Trilce-Fondo de Cultura Económica.
- BAECHLER, GAUCHET, Marcel, MENENT, Pierre y ROSANVALLON, Pierre (dir.) (1997) *Nación y Modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BHABHA, Homi K. (1990) *Nation and Narration*. Nueva York: Routledge and Keegan Paul.
- BRIEGER, Pedro (2001) “Guerra y globalización. Los atentados a las Torres Gemelas”. En *Realidad Económica* N° 184. Pp. 64-71.
- GRÜNER, Eduardo (2003) “Introducción. El retorno de la teoría crítica de la cultura: una introducción alegórica a Jameson y Zizek”. En Jameson, Frederic y Zizek, Slavoj. *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- HOBBSAWM, Eric (1991) *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona. Crítica.
- RAYNAUD, Philippe (1997) “De la libertad al poder. Reflexiones sobre el patriotismo estadounidense”. En Gauchet, M.; Manent, P. y Rosanvallon, P. (dir.) *Nación y Modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1997.
- TAYLOR, Peter J. (1994) *Geografía política. Economía mundo, Estado-nación y localidad*. Madrid: Trama.
- ZIEGLER, Jean (1980) *Main basse sur l’Afrique. La recolonisation*. París: Éd su Seuil.

Notas

¹ Según Taylor, la palabra “nación” se origina en el vocablo latín *nasc*; es decir, se vincula con el lugar o ámbito en el que se ha nacido (Taylor. 1994: 180).

² Voltaire. *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*. París: Garnier, Col. "Classiques brochés" (citado en Ziegler. 1980: 33). La traducción es nuestra.

³ *Bourgeoisie compradore* en el original en francés.

⁴ Fanon, F. 1961. *Les Damnés de la terre*. París: Maspero, p. 115. Citado por Ziegler (1980: 40). La traducción es nuestra.

⁵ Al respecto, existe toda una nueva bibliografía desde la Antropología, la Lingüística o la Historia del Arte, pero falta mayor desarrollo desde las disciplinas sociales tradicionales: Geografía, Historia o Sociología. Ver, entre otros, *Teoría de la Frontera* de Michaelson y Johnson (2003).